



Lunes, 16 de mayo de 2016

INTERVENCIÓN DEL PRESIDENTE DEL PRINCIPADO DE ASTURIAS, JAVIER FERNÁNDEZ

Toma de posesión e investidura de Santiago García Granda como Rector Magnífico de la Universidad de Oviedo

La solemnidad ritual de esta toma de posesión responde a la centenaria tradición de una institución que hoy inicia una nueva etapa de la mano del rector Santiago García Granda. Mis mejores deseos para usted y para su equipo. Le felicito y le animo ante la difícil tarea que tiene por delante.

Luego escucharemos el *Gaudeamus*. Es un himno estudiantil basado en la exaltación de la juventud, el lamento por la brevedad de la vida y la alabanza a la Universidad. Las tres primeras estrofas son terribles por explícitas. Como cuando advierte que

*viene la muerte velozmente,
nos arrastra cruelmente,
no respeta a nadie.*

No está mal que recordemos nuestra condición transitoria, tan contingente y a la vez, qué paradoja, tan decisiva. Aludí antes a los más de 400 años de esta Universidad de Oviedo, con una trayectoria fecunda de la que debemos enorgullecernos. Digo “debemos” a propósito, porque es una obligación moral sentirnos orgullosos de nuestra universidad y de quienes la han hecho posible. Como el profesor Juan Ignacio Ruiz de la Peña, a quien también es obligado para mi recordar en este acto.

Pero esos cuatro siglos, por sobresalientes que hayan sido, no aseguran el futuro. Suponen un patrimonio acumulado que no



podemos malbaratar, pero no garantizan el porvenir. Estamos obligados a ganárnoslo mañana a mañana, especialmente en este tiempo vertiginoso donde se atropellan las novedades y es imposible fijar un horizonte a medio plazo. La Universidad de 2016 no es la de hace una década y es probable que la transformación se acelere en los próximos años impulsada por la globalización y las nuevas tecnologías. Por eso hoy el desafío se llama adaptación, flexibilidad, capacidad de cambio. Si hubiese que elegir entre las propiedades mecánicas de los materiales, sería más aconsejable la ductilidad que la rigidez.

Hasta ahora no lo hemos hecho mal. No soy quien para conceder aprobados ni rubricar títulos, pero mi valoración es que la Universidad de Oviedo ha sabido evolucionar bien, y a ello han contribuido los sucesivos equipos rectorales. Con sus aciertos y sus errores –siempre, en cualquier gestión, existen claroscuros— el esfuerzo ha sido enorme y los resultados han merecido la pena. Por ello, mi agradecimiento a todos los equipos anteriores y, esta tarde, muy especialmente a Vicente Gotor. Gracias, rector, por tu trabajo.

Dije que no soy quien para repartir calificaciones; tampoco para imponer deberes a un equipo rectoral. Lo que sí puedo es ofrecer lealtad y compromiso. Hago hoy una promesa de lealtad institucional, toda la lealtad al rector Santiago García Granda, y afirmo también mi compromiso con la universidad pública asturiana. Aportaremos la financiación necesaria acorde con lo previsto en el marco de financiación estable 2015-2018, un compromiso especialmente remarcable en una coyuntura de prórroga presupuestaria. Las dificultades son las que son y a nadie se le escapan. No pongo la venda antes de la herida, sino que constato una realidad reconocible: el esfuerzo económico del Gobierno de Asturias con la Universidad de Oviedo. Estamos dispuestos además a continuar trabajando conjuntamente en la elaboración de un contrato programa.

La Universidad debe antes que nada educar, es decir, enseñar a conocer el mundo. Pero también tiene que formar para competir en él. El papel de la institución es más que formar profesionales para el mercado laboral e investigar en la órbita del interés de la empresa. La lógica del conocimiento científico excede la del desarrollo empresarial, y la sociedad civil es más amplia que la sociedad mercantil. Pero encauzar la vocación de los estudiantes para facilitarles su inserción en el mundo del trabajo forma parte de la responsabilidad de la institución.



Por eso, sin abdicar de la función propiamente académica de producir cultura de alta calidad, la cooperación empresarial, la investigación y la empleabilidad de sus titulados son hoy objetivos prioritarios de la universidad.

El Gobierno de Asturias tiene muy claro que la familia en que se nace y el vecindario en que se habita no puede convertirse en frontera a la hora de acceder a la educación y de subirse al ascensor social. Desde 2012 hemos congelado las tasas en la primera matrícula y continuaremos haciéndolo. Del mismo modo, mantendremos la convocatoria de becas para el aprendizaje de idiomas y ayudas complementarias a las de movilidad dentro del programa Erasmus+.

Quiero adelantarles más compromisos. Saben que desde hace unos años la apelación al polinomio I+D+i se ha convertido prácticamente en un lugar común. No lo devaluemos a fuerza de sobarlo. Es imprescindible mantener esa apuesta, por el futuro de la Universidad y también por el futuro de nuestra comunidad autónoma; una apuesta que demostramos con los 4.428.208 euros reservados para la convocatoria de ayudas predoctorales Severo Ochoa para el periodo 2016/2020 de los que les anuncio que 521.924 euros corresponderán a este ejercicio 2016, además de otros créditos dedicados a investigación. Sabemos de sobra que la Universidad es una pared maestra necesaria para fomentar y aprovechar el potencial investigador e innovador y contribuir al desarrollo de los objetivos previstos en la Estrategia de Especialización Inteligente de Asturias.

Con la misma voluntad de colaboración institucional, el Gobierno ayudará a garantizar una oferta de calidad y adecuada a las necesidades de Asturias mediante la autorización de nuevos títulos de grado, máster y doctorado. Proseguiremos así el intenso trabajo realizado durante los últimos años –y aquí incluyo a los profesores, los investigadores, los estudiantes y el personal de administración y servicios— para adaptar las titulaciones universitarias a las nuevas exigencias.

Lealtad, colaboración y compromiso, repito. Ésas serán, rector magnífico, las guías de trabajo del Gobierno de Asturias. No entenderemos de otro modo las relaciones con esta institución para contribuir a que mantenga el nivel de excelencia que ha alcanzado.



Los asturianos tenemos un alto nivel de confianza en la Universidad de Oviedo y en el conocimiento que emana de sus aulas. Hace cuarenta años fuimos capaces de pasar de un país atrasado, autárquico y dictatorial a otro abierto, cosmopolita, moderno y democrático. Es verdad que hoy ese país está dividido cargado de deudas y sin aparente pulso cívico, pero contamos con hombres y mujeres mucho más educados y formados que entonces. Eso es una generación que no ha surgido por arte de magia, que se ha forjado aquí con ustedes. Ellos pueden mejorar y van a mejorar este país. Frente a los voceros del apocalipsis, debemos insistir en este mensaje.

Además, la universidad ha dejado de ser aquel territorio extraño en el que unos señores muy serios e imperturbables se ocupaban de asuntos ingobernables para la mayoría. No. La universidad se ha convertido en una institución cada vez más cercana, más transparente y abierta a la sociedad. Su presencia pública es cada vez mayor. Y nos felicitamos por ello. Nada malo se debe esperar del intercambio de conocimiento e ideas: por eso es preciso que la universidad asturiana siga comunicando sus líneas de investigación, sus estudios novedosos, que transmita el pensamiento que se genera en sus aulas y los resultados que se extraigan de sus laboratorios para que siga prestando un servicio muy necesario que, en definitiva, permitirá mejorar y transformar nuestra sociedad.

Ya ven que todo son buenas palabras. Es lo que procede. Pero también quiero invitarles a la reflexión pública. Porque la Universidad es autónoma, se gobierna a sí misma, pero nunca debe ser introspectiva, ensimismada ni extraña a la realidad. Eso sería otra cosa y quizá muy respetable, pero no la Universidad de Oviedo. No pensemos en una institución volcada intramuros, sino transitiva y permeable. Lo otro sería, aparte de un imposible, un mal camino.

Pero también pienso en la situación económica, social y política. Hoy no es el día adecuado para extenderse sobre estas cuestiones pero yo considero que esta institución no puede sentirse ajena a la desigualdad social. Tampoco entendería que la Universidad de Oviedo, que es la universidad pública de Asturias, no reparase en las consecuencias de la disgregación del Estado –eso que se defiende como derecho a decidir y que se puede traducir, pelado el eufemismo, como derecho a dividir— ni en asuntos que pueden parecer más prosaicos y con menos ínfulas patrióticas como la revisión de la financiación autonómica. Hay en esta universidad



reconocidos hacendistas, profesores de economía que calcularán mejor que yo la repercusión presupuestaria que tendría para Asturias –y, por tanto, directamente para la financiación de esta institución— la aplicación de algunas de las propuestas que se defienden en estas vísperas de campaña electoral, como esas que reclaman deudas históricas, fondos en función de la riqueza de cada cual y demás peticiones a la carta que se adornan según el interés de turno.

Sé que no es el día y, por lo tanto, no me alargaré sobre esas cuestiones. Tampoco intento, ni de lejos, convencerles de mis criterios. Les pido que estén atentos a esa realidad y que reflexionen públicamente sobre ella porque en cada una de las cuestiones que les nombré nos estamos jugando, bien es cierto que en distinta medida, el futuro de nuestra sociedad.

Concluyo. Antes cité una estrofa del *Gaudeamus*. Ese mismo himno incluye vivas a los estudiantes, a los profesores y a la Universidad. Quede constancia de que comparto esos deseos.